

«No creo lo que decís: la razon ha hecho ya tantos progresos, que hace más de diez años que no se ha sacado en procesion semejante esqueleto. Pienso que es muy fácil desarraigar por grados todas las supersticiones que nos han embrutecido. Ya no se exorciza á los diablos; y áun cuando se dice que vuestro Jesus ha enviado sus apóstoles precisamente para lanzar los diablos, ningun sacerdote entre nosotros es bastante loco ni bastante necio para jactarse de lanzarlos.» El conde viene en apoyo de Fréret: «Dirigid una mirada, dice, á la parte más opulenta de la Suiza, á las Provincias Unidas, á la Gran Bretaña, al Norte de Alemania y á la Escandinavia; todos esos pueblos nos han aventajado mucho en los progresos de la razon. ¿Por qué no ha de poder hacerse en Francia lo que se hace en otras partes?»

El abate acaba por abandonar sus dogmas juntamente con las supersticiones, lo cual no impide, dice, que la filosofia no reemplace nunca al cristianismo: «Aun cuando sacudieseis en Francia la polilla de los frailes, áun cuando ya no se vieran ridículas reliquias, áun cuando se despreciara la consustancialidad y el proceso del Espíritu Santo por el Padre y por el Hijo, y la transustanciacion hasta el punto de no hablar de ello, seguiríais siendo todavía cristianos; en vano querriais ir más léjos, no lo conseguiríais. Una religion de filósofos no es propia para hombres.» Hé aquí á Voltaire entre la espada y la pared: ¿qué responderá? «Os diré con Horacio: vuestro médico no podrá daros nunca la vista del lince, pero permitid que os quite las cataratas de los ojos. Gemimos bajo el peso de cien libras de cadenas; permitid que nos desembaracemos de las tres cuartas partes. La palabra de cristiano ha prevalecido y se conservará; pero poco á poco se adorará á Dios solo, sin atribuirle una madre ni un hijo, sin decir que ha muerto en un suplicio infame, sin creer que se hacen dioses con harina; en fin, sin ese cúmulo de supersticiones que ponen á los pueblos civilizados muy por debajo de los salvajes. La adoracion pura del Sér Supremo empieza á ser hoy la religion de todos los hombres de bien, y pronto bajará á la parte sana del pueblo mismo» (1).

La respuesta de Fréret no debe ser entendida en el sentido de

(1) *Diálogos filosóficos*, xxvi. (*Obras*, t. xxxii, p. 393-395.)

que la religion sea un mal necesario, cuyos inconvenientes se ha de tratar de disminuir. Voltaire confiesa que el alma reclama el alimento de la religion: «Pero ¿por qué convertirle en veneno? ¿Por qué ahogar la simple verdad en un cúmulo de indignas mentiras? ¿Por qué sostener esas mentiras por medio del hierro y del fuego? La religion entre el hombre y Dios es la adoracion y la virtud; entre el príncipe y sus súbditos se convierte en cuestion de policia; y frecuentemente, de hombre á hombre, es un comercio de malicia. Adoremus á Dios con sinceridad y sencillez, y no engañemos á nadie. *Si; es necesaria una religion; pero debe ser pura, racional, universal; debe ser como el sol, que alumbre á todos los hombres, y no solamente á una provincia privilegiada.* Es absurdo, odioso, abominable, imaginar que Dios da luz para todos los ojos y deje casi todas las almas sumidas en las tinieblas. *No hay más que una probidad comun para todo el universo; no hay, pues, más que una religion. Y ¿cuál es ésta? Ya lo sabeis: adorar á Dios y ser justo*» (1).

VIII.

Quando Voltaire se empeñaba en aplastar á la infame, le preguntaban con qué pensaba sustituirla. Ya hemos oido su respuesta perentoria; vamos á completar su pensamiento; no quiere solamente destruir, quiere conservar depurando; continúa en el siglo xviii el trabajo de perfeccionamiento que la humanidad realiza desde que piensa y cree: «¿Qué pondremos en su lugar? decís. ¡Cómo! un animal feroz ha chupado la sangre de mis semejantes; os digo que os libreis de él, y me preguntais ¿con qué hemos de sustituirlo? Vosotros me lo preguntais; vosotros, cien veces más odiosos que los pontífices paganos, que se contentaban tranquilamente con sus ceremonias y con sus sacrificios, que no pretendian encadenar los espíritus por medio de dogmas, que nunca disputaron á los magistrados su poder, que no introdujeron la discordia entre los hombres. ¿Teneis el valor de preguntar qué pondremos en lugar

(1) *Diálogos filosóficos*, xix (*Obras*, t. xxxii, p. 161).

de vuestras fábulas? Yo os respondo: Dios, la verdad, la virtud, leyes, penas y recompensas. Predicad la probidad y no el dogma; sed sacerdotes de Dios y no sacerdotes de un hombre» (1).

Se pregunta cuál es la religion de Voltaire. Los ortodoxos, en su amor á la verdad, dicen que es el ateismo y la impureza. Confundamos sus mentiras. Voltaire repite incesantemente: *Hacer el bien, éste es el culto del teísta; someterse á Dios, ésta es su doctrina* (2). Lo que pone furiosos á los ortodoxos es que destruye sus fábulas á la vez que defiende la verdad: «Las apariciones de un Dios á los hombres, las revelaciones de un Dios, las aventuras de un Dios sobre la tierra, todo esto ha pasado ya de moda con las brujas y los endemoniados. Si todavía hay charlatanes que echan la buena-ventura en nuestras ferias por un schelling, ninguno de esos desgraciados es escuchado por los que han recibido una mediana educacion. Hemos dicho que los teístas han acudido á una fuente pura, cuyas derivaciones habian sido alteradas. Expliquemos esta gran verdad: ¿Cuál es esta fuente pura? La razon, la cual más ó ménos pronto habla á todos los hombres. Ella nos ha hecho ver que el mundo no ha podido ordenarse por sí mismo, y que las sociedades no pueden subsistir sin virtud. De esto solamente se ha deducido que hay un Dios y que la virtud es necesaria. De estos dos principios resulta la felicidad general, en cuanto es compatible con la debilidad humana. Esta es la fuente pura. ¿Cuáles son las derivaciones impuras? Las fábulas inventadas por los charlatanes, que han dicho que Dios se habia encarnado quinientas veces en un país de la India, ó una sola vez en un rincon de la Siria; que han hecho aparecer á Dios, unas veces bajo la forma de un elefante blanco, otras bajo forma de paloma, ya como un anciano con una gran barba, ya como un jóven con alas á la espalda, ó bien bajo mil otras formas diferentes» (3).

Voltaire ha arrancado la mala yerba que con tal frondosidad crece y ahoga á las plantas útiles, pero ha tenido buen cuidado de no arrancar las plantas sin las cuales no pueden vivir los hombres.

(1) *Exámen importante de milord Bolingbroke* (t. xxx, p. 152).

(2) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Teísta*.

(3) *Historia del establecimiento del Cristianismo*, c. xxvi (*Obras*, t. xxx, página 561).

Por esta razon le ha de bendecir la historia como á uno de los bienhechores del género humano. Los libres pensadores predicaban abiertamente el ateismo en el siglo xviii. Hemos dicho muchas veces que tal es la triste condicion de las sociedades católicas, que del exceso de la supersticion pasan casi fatalmente al exceso de la incredulidad. Voltaire dará nueva confirmacion á nuestras palabras. No admitia ni el ateismo ni la supersticion. Voltaire escribe á Federico II: «El ateismo no puede producir nunca ningun bien, y la supersticion ha causado males infinitos; salvémonos de ambos abismos» (1). Los libres pensadores imputaban á la religion todos los males que habia engendrado el fanatismo. Voltaire les dice que confunden la religion y la supersticion: «La religion, decís, ha producido millares de perjuicios; decid la supersticion que reina en nuestro triste globo; este es el enemigo más cruel de la adoracion pura que se debe al Sér Supremo. Detestemos ese monstruo que ha desgarrado siempre el seno de su madre; los que lo combaten son los bienhechores del género humano; es una serpiente que ahoga á la religion entre sus lazos; es preciso aplastarle la cabeza sin tocar á lo que está infestando y devorando. Temeis que adorando á Dios se tarde poco en volver á la supersticion y al fanatismo. Pero ¿no es temible que negándolo se dé rienda suelta á las pasiones más atroces y á los crímenes más espantosos? Entre estos dos excesos ¿no hay un término razonable? ¿Dónde está el asilo entre estos dos escollos? Hélo aquí: Dios y leyes sábias» (2).

Aquí es donde Voltaire encuentra el razonamiento fatal que conduce á tantos católicos al abismo de la incredulidad absoluta: «Ese silogismo abominable: *Mi religion es falsa, luego no hay Dios*, es el más comun que conozco, y la fuente más fecunda de todos los crímenes.» Los materialistas lo repetian en todos los tonos, y aún lo repiten en nuestros dias. Escuchemos á Voltaire: «¡Cómo! hermanos míos, ¿porque Malagrida es un asesino, Letellier un falsario, Lavalette hace bancarota, y el muftí es un bribon, se deduce que no hay un Sér Supremo, un creador, un conservador, un juez equitativo que castiga y que recompensa? He conocido un

(1) *Carta de Voltaire á Federico*, de 27 de Julio de 1770 (*Obras*).

(2) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Dios* (*Obras*, t. xxxv, p. 157).

jacobino, doctor por la Sorbona, que se hizo ateo, porque su prior le obligaba á sostener en su convento la concepcion de la Virgen en pecado, miéntras que en la Sorbona se veia obligado á sostener lo contrario. Decia friamente: « Mi religion es falsa; ahora bien, puesto que esta religion, que es sin disputa la mejor de todas, no tiene más que caractéres de falsedad, no hay religion, no hay Dios; luégo he cometido una gran necedad en hacerme jacobino á la edad de quince años.» Tuve compasion de aquel pobre hombre, continúa Voltaire, y le dije: « Es verdad que al haceros jacobino habeis cometido una gran locura, pero, amigo mio, que María haya nacido maculada ó inmaculada, ¿es por eso ménos cierta la existencia de Dios? ¿Deja de ser Dios el padre y el juez de todos los hombres? ¿No ordena de la misma manera al primer colao de la China y al último de los jacobinos, que sean justos, sinceros, moderados, y que hagan al prójimo lo que todo jacobino quisiese que hicieran con él? Los dogmas cambian, amigo mio, pero Dios no cambia. Se han falsificado unos libros, otros han sido supuestos, y esto os causa pena; consolaos, no es posible falsificar el gran libro de la naturaleza, en el cual está escrito: *Adora á Dios y sé justo* » (1).

Esto se llama un *capricho* de Voltaire. ¡Quiera Dios que los sermones de nuestros ungidos del Señor se parezcan á estos *caprichos*! Hay sermones á propósito para volverlo á uno incrédulo, al paso que el incrédulo Voltaire atrae á la fe á aquellos á quienes entretiene y divierte. El *capricho* termina con estas hermosas palabras: « Hermanos míos, una falsa ciencia hace los ateos; una ciencia verdadera postra los hombres ante la Divinidad; hace sabio y justo á aquel á quien la teología ha hecho inícuo é insensato.» Las gentes de iglesia se atreven á acusar á los filósofos de ser los causantes de la incredulidad. En efecto, gracias á la filosofía, los hombres que conservan sus cinco sentidos no creen en la inmaculada concepcion, ni en la transustanciacion, ni en las mil encarnaciones del Dios Vichnú; pero, gracias también á la filosofía, la idea de Dios se conserva á pesar de todas las

(1) Carta de Carlos Gouju á sus hermanos (*Caprichos*, Obras, t. XLI, p. 96).

supersticiones que parecen inventadas para propagar el ateísmo. « Considero á los verdaderos filósofos, dice Voltaire, como los apóstoles de la Divinidad; hacen falta para toda especie de hombres. Un catecismo de parroquia dice á los niños que hay un Dios, pero Newton lo prueba á los sabios » (1).

No era esta la opinion de los que se llamaban filósofos en el siglo XVIII. Un inglés de mucho talento, Horacio Walpole, que frecuentaba el gran mundo de París, dice que Voltaire era considerado allí como un *beato*, porque era *deísta*; la frase es de una dama. Diderot, en sus conversaciones íntimas llamaba á Voltaire *casuista final y santurron*, porque sostenía contra todo el mundo la existencia de Dios (2). Voltaire, á quien se echa en cara el haber hecho la corte á todas las potencias, no cedió jamas ante la más formidable de todas, la opinion pública, porque combatía precisamente la opinion dominante: el ateísmo se habia hecho de buen tono en los círculos filosóficos y hasta en el mundo frívolo de la buena sociedad. Un escritor reformado, que algunas veces hemos citado, aun cuando no podamos participar de sus creencias, Vinet, dice que los amigos de Voltaire le guardaban mala voluntad, porque se obstinaba en defender á Dios contra sus ataques, y confiesa que necesitó valor para perseverar en su lucha (3). Agradecemosle este valor: al salvar la idea de Dios de las ruinas que se acumulaban alrededor de él, salvó el porvenir de la religion en Francia, y ¿puede haber una civilizacion sin creencias religiosas?

Federico II dice en un elogio de Voltaire:

Il terrassa l'erreur et la religion (a).

Condorcet hace observar que este verso es muy vago y pudiera hacer creer que Voltaire ha querido destruir toda religion. « Es, sin embargo, cosa muy sabida, añade el amigo del gran escritor, que ningun hombre ha predicado y practicado con más constancia la religion abrazada por los hombres más ilustrados de todos tiempos y países, la adoracion de un Sér supremo, en una pala-

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Ateo*, t. XXXIV, p. 34.

(2) DAMIRON, *Memorias sobre la filosofía del siglo XVIII*, t. I, p. 277.

(3) VINET, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, t. II, p. 122.

(a) Derribó por tierra el error y la religion.

bra, la religion natural. Siempre ha combatido á los ateos. *Voltaire por sí solo ha atraído tal vez á Dios más adoradores que todos los moralistas y todos los predicadores juntos.* El rey de Prusia tenía las mismas ideas, y se comprende bien lo que ha querido decir: pero su pensamiento hubiera quedado expresado con más exactitud de esta manera:

Il terrassa l'erreur et la superstition (1) (a).

IX.

Voltaire, contestando al libro de los *Tres Impostores*, dice:

*Si les cieux, dépouillés de son empreinte auguste,
Pouvaient cesser jamais de se manifester,
Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer* (2) (b).

El poeta escribe á otro poeta, Saurin: «Os agradezco que os guste este verso: *Si Dios no existiera sería necesario inventarlo.* Pocas veces quedo satisfecho de mis versos, pero confieso que siento hácia éste la ternura de un padre» (3). La idea de Dios es la que más frecuentemente reaparece en los innumerables escritos de Voltaire; ¿no es ésta una prueba de que constituye en él una convicción profunda y una convicción que desea comunicar á los demás? ¿Cómo es pues que este defensor obstinado de la existencia de Dios es considerado generalmente como el patriarca de los incrédulos?

Los primeros cristianos eran considerados como ateos por los defensores del paganismo, porque rechazaban las divinidades del Olimpo. En este sentido también Voltaire es un ateo, porque sostiene la existencia de Dios, pero no admite el Dios de los cristianos. «Es evidente, dice, que en la moral vale más reconocer un

(1) CONDORCET, *Notas sobre Voltaire* (Obras, t. VII, p. 149).

(a) Derribó por tierra el error y la superstición.

(2) *Poesías* (Obras, t. XI, p. 229).

(b) Si los cielos pudiesen perder su carácter augusto, si pudieran alguna vez dejar de manifestarse, si Dios no existiese, sería necesario inventarlo.

(3) *Carta* de 20 de Noviembre de 1770 (Obras, t. LV, p. 418).

Dios que no admitir ninguno. Todos los hombres tienen ciertamente interes en que haya una Divinidad que castigue lo que la justicia humana no puede reprimir; pero también es claro que valdría más no reconocer dios que adorar uno bárbaro, al cual se sacrificasen hombres, como se ha hecho en tantas naciones.» Voltaire llega hasta decir que preferiría los ateos á los supersticiosos: «Podré esperar, seguramente más justicia de aquel que cree en Dios que de aquel que no cree en él; pero no podré esperar más que amargura y persecucion del supersticioso. El ateísmo y el fanatismo son dos monstruos que pueden devorar y desgarrar la sociedad; pero el ateo, en su error, conserva su razon, la cual le corta las uñas, al paso que el fanático está atacado de una locura continua que afila las suyas» (1).

El Dios que Voltaire no quiere es el Dios de los teólogos. Sin embargo, la teología tiene la pretension de ser la ciencia de Dios. Voltaire es más modesto; confiesa que no comprende la esencia de la divinidad: «Espinosa mismo, dice, admite una causa primera, una inteligencia suprema. ¿Porqué quereis ir más léjos que él y sumergir, por un necio orgullo, vuestra razon en un abismo á donde Espinosa no se ha atrevido á bajar? Sería una extremada locura negar la existencia de un eterno geómetra. Pero ¿dónde está el eterno geómetra? ¿está en un lugar determinado, ó en todo lugar sin ocupar espacio? Yo no sé nada. ¿Ha creado de su propia sustancia todas las cosas? No lo sé. ¿Es inmenso, sin cantidad y sin cualidad? No lo sé. Todo lo que sé es que debemos adorarle y ser justos.» Los teólogos no quieren confesar su ignorancia: ¿son por eso más sabios? Dirán que es una inconsecuencia para un deísta admitir un Dios que no comprende, cuando rechaza los misterios del cristianismo porque son incomprensibles. Voltaire responde á esto en una instruccion dirigida á un príncipe: «Toda la naturaleza os ha demostrado la existencia de un Dios supremo. Dejad á los topos, enterrados bajo el césped, que nieguen si se atreven, la existencia del sol» (2). Escribe á madame du Deffand: «Nuestra tierra es un templo de la Divinidad. Yo

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Ateo* (Obras, t. XXXIV, p. 31, 33).

(2) VOLTAIRE (Obras, t. XXVI, p. 110).